

Esta es una pequeña muestra
del libro *¿Dios o el Hombre? La Voz de Autoridad.*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!

¿Dios o el hombre?

LA VOZ DE AUTORIDAD

GEORGE W. MARSTON



Poema Publicaciones
Medellín, Colombia

¿DIOS O EL HOMBRE? La Voz de Autoridad. / George W. Marston

© 2014 por Poiema Publicaciones.

Traducido y publicado en español con el permiso de
ROSS HOUSE BOOKS, Vallecito, California, USA.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Versión *Reina Valera 1960* © por las Sociedades Bíblicas Unidas agregando mayúsculas a los pronombres que refieren a Dios y cambiando el modo de la segunda persona del plural.

Las citas marcadas con la sigla (RVC) son de la *Reina Valera Contemporanea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir a este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por ley.

Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia
E-mail: info@poiema.co
www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología Cristiana, Apologética.

ISBN: 978-958-58452-4-4

Diagramación y revisión por David Santiago Ruiz

Impreso en Colombia

SDG

Contenido

Prólogo y Agradecimientos	9
Preámbulo	11
La Voz de Autoridad	13
Primera Parte	
¿Es el hombre la autoridad máxima?	15
Rechazando a Dios	21
Rechazando las paradojas	27
Rechazando lo milagroso	35
El Agnosticismo	41
El Irracionalismo	47
Segunda Parte	
¡Dios es la Voz de Autoridad!	49
El Dios revelado por Cristo	51
Dios ha revelado Su verdad y justicia	57
Respuesta a las objeciones a la Biblia	61
Aceptando los milagros	69
Aceptando las paradojas	73
Lo que implica el rechazo	95
Lo que implica la aceptación	97
Notas de texto	103
Índice de las Escrituras	107

Prólogo y Agradecimientos



Cómo hacemos para distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo? Cada cual tiene su propia norma que sigue en asuntos de verdad y conducta. Esta norma es su voz de autoridad, y se basa o en Dios o en el hombre. Mientras que Dios en Su Palabra se ha revelado a sí mismo como esta norma, el hombre, como resultado de la caída, ha usurpado el título para sí. En pocas palabras, el hecho es que el cristiano fiel reconoce a Dios como Voz de Autoridad, mientras que el no cristiano ha dado esta autoridad al hombre.

Este libro tiene dos propósitos: mostrar que el hombre en sí mismo no tiene los recursos necesarios para desempeñarse como voz de autoridad y, en segundo lugar, establecer los derechos que Dios tiene para ocupar esta posición.

La voz de autoridad, ¿quién es? ¿Es Dios o es el hombre? Al autor le impresionó la importancia de esta pregunta cuando se encontraba tomando un curso de apologética dictada por el Dr. Cornelius Van Til en el Seminario Teológico de Westminster. Veinticinco años en el ministerio sirviendo como predicador y consejero le han ayudado para convencerlo aún más de su importancia. Es imposible aceptar coherentemente la plenitud del cristianismo bíblico, sin rechazar primero al hombre y reconocer a Dios como Voz de Autoridad.

El autor desea agradecer a dos de sus profesores la lectura de este manuscrito y las valiosas sugerencias en cuanto al mejoramiento de este. Ellos son el Reverendo R.B. Kuiper, Profesor Emérito en Teología Práctica del Seminario Teológico de Westminster y Presidente Emérito del Seminario Calvino, y el Dr. Cornelius Van Til, Profesor en Apologética del Seminario Teológico de Westminster.

Este libro se ha escrito para la gloria de Dios y es mi oración y mi anhelo que Dios lo use para hacer que muchos le reconozcan como la Voz de Autoridad, llegando así a aceptar a Su Hijo como Salvador, y a sentir seguridad en cuanto a asuntos de importancia eterna, para que puedan hablar con toda firmeza con respecto a las cuestiones de verdad y conducta con las cuales todos tenemos que enfrentarnos día a día.

George W. Marston

Preámbulo



Dios o el hombre? He aquí la pregunta incesante e incomparablemente importante que afronta a cada hombre y a la raza humana en su totalidad.

La Biblia nos dice que la respuesta dada por nuestros primeros padres fue: “el hombre”. En esto consistió su primer pecado, y de ahí, como consecuencia, viene todo el pecado y la miseria actual de la humanidad. La mismísima pregunta de hace tantos años llega a nosotros hoy.

Responder: “Dios”, significa reconocer que la Biblia es la auto-revelación de Dios; significa aceptar esa Revelación, con los milagros, misterios y paradojas que contiene, como norma infalible de la verdad y del bien.

Responder: “el hombre”, al estilo de la mayoría de las instituciones educativas y aún de muchos púlpitos supuestamente cristianos, es tirarnos a patalear en el pantano del subjetivismo, el escepticismo, el agnosticismo y el ateísmo. Dicha respuesta es la culpable de que, hoy en día, vivamos las consecuencias de la desmoralización social, política, económica y religiosa.

No todo el que responde: “el hombre”, sigue con esta respuesta hasta su conclusión lógica, ni todo el que contesta: “Dios”, se muestra intachablemente constante en adherirse a esa respuesta.

Sin embargo, el modo de pensar, sentir y desear de cada ser humano es dominado por una u otra de estas dos respuestas.

El Reverendo George W. Marston ha puesto por título a su discusión de este asunto *La Voz de Autoridad*. Él arguye, y con razón, que todo hombre halla la voz de autoridad o en Dios o en el hombre. También mantiene tenazmente que Dios es la legítima Voz de Autoridad, al tiempo que rechaza, sin compromiso, cualquier reclamo que el hombre pudiera hacer al título.

Ha tratado tan clara y sencillamente con este tema tan profundo, que hasta la persona que tiene que leer su discurso a la carrera logrará captar el sentido de lo que dice.

Que Dios use este librito para destapar los oídos de muchos para que puedan oír la divina Voz de Autoridad y, en completa sumisión, decir: “Habla Jehová, porque tu siervo oye”.

R.B. Kuiper

PROFESOR EMÉRITO EN TEOLOGÍA PRÁCTICA
SEMINARIO TEOLÓGICO DE WESTMINSTER
Y PRESIDENTE EMÉRITO DEL SEMINARIO CALVINO.

La Voz de Autoridad

En los días del auge del descubrimiento del oro en California, Estados Unidos, se usaba una piedra llamada “piedra de toque” para determinar la calidad del metal que se encontraba. Hoy usamos detectores de metal para localizar el uranio y otros metales preciosos.

En el fútbol, el árbitro está encargado de decidir entre los dos equipos. En un tribunal, el juez determina el peso relativo de las cosas colocadas en la balanza de la ley. En sus respectivas áreas, tanto la piedra de toque como el detector de metal, el árbitro y el juez hablan con autoridad. ¿Hay tal voz de autoridad que rijan en asuntos de verdad y conducta? Por instinto los hombres reconocen la necesidad de que exista, pero no concuerdan en cuanto a su identidad. Para algunos esta voz es la conciencia. Para otros puede ser la opinión pública. Muchos otros reconocen a la iglesia como voz de autoridad, mientras que otros más afirman que Dios es el único con las cualidades para serlo.

A medida que examinamos estos distintos puntos de vista, vamos dándonos cuenta de que básicamente esta autoridad recae o en Dios o en el hombre. Aun si permitimos que ambos tengan algo de autoridad, sigue siendo apenas obvio que solo uno de ellos puede ser la autoridad suprema. ¿Cuál es la autoridad suprema, la piedra de toque según la cual todas las cosas deberán ser juzgadas?



PRIMERA PARTE

¿ES EL HOMBRE LA AUTORIDAD MÁXIMA?

Para la mayoría, la voz de autoridad es el hombre. Ya que Dios es el Creador y el hombre la criatura, lo más lógico sería que la criatura reconociera a su Creador como su Voz de Autoridad. ¿Porqué será, entonces, que la mayoría ha dado al hombre esta posición? La respuesta se encuentra en la caída del hombre de aquel estado en que fue creado.

Los primeros tres capítulos de Génesis nos hablan de la creación, del estado original del hombre, de su caída y de la promesa de la redención. No están para ser tomados como mitos, fábulas o alegorías, sino más bien como una revelación de Dios acerca de acontecimientos históricos. El Señor Jesús se refiere a la narrativa de la creación en Mateo 19:4. El apóstol Pablo se refiere a la caída, y amplía algo su significado en Romanos 5:12-19, 1 Corintios 15:21 y 1 Timoteo 2:14. El impacto que tuvo la caída sobre la obra perfecta de la creación de Dios fue catastrófico, y es gracias a ella que el hombre, al igual que el mundo en el que vive, se encuentra hoy en el estado en que está.

¿Qué pasó en el huerto del Edén? Dios había hecho un pacto con Adán y Eva. Por medio de este pacto les prometía la vida eterna si lo cumplían perfectamente, y les advertía que la muerte sería el castigo que recibirían si cometían cualquier falla. Es evidente, en los pasajes del Nuevo Testamento ya mencionados, que en este pacto Adán actuó en calidad de representante de toda la raza humana y que el castigo por la desobediencia era, no solo la muerte física, sino también la espiritual. Tentados por Satanás a través de la serpiente, nuestros primeros padres desobedecieron. El resultado de esta desobediencia fue la caída. En realidad, la desobediencia empezó antes de que comieran del fruto prohibido, en el momento en que Eva cuestionó la autoridad de Dios. Por un lado Dios había dicho: “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn 2:16-17). Por otro lado, Satanás, mediante la serpiente, decía: “No morirán; sino que sabe Dios que el día que coman de él, serán abiertos sus ojos, y serán como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn 3:4-5).

Como criatura de Dios que era, Eva debió haberse negado a escuchar siquiera la voz de la serpiente. Al escucharla, ella se convirtió a sí misma en la voz de autoridad, poniéndose en posición de juez entre Dios y Satanás para decidir quién había dicho la verdad. Esta jueza, que dio su fallo a favor de Satanás y en contra de Dios, resultó siendo víctima tanto del engaño del diablo como del juicio de Dios. El hombre, caído ya, ha seguido actuando como si fuera Dios, como si fuera la voz de autoridad, cuando en realidad se encuentra bajo el juicio de Dios. Vive sujeto a la muerte, un recuerdo constante de que al fin y al cabo Dios es esa Voz de Autoridad. Sin embargo el hombre ha elegido ignorar el verdadero significado de todos esos cementerios llenos de muertos.

La palabra “caída” encaja muy bien con lo que le sucedió al hombre como resultado de la desobediencia de sus primeros padres. Cayó de su estado original. Aquel que salió de la mano de su Creador, perfecto en cuerpo y alma, destinado a tener comunión con Él y servirle como gobernante de su mundo, cayó de esta

posición. No solo se quebró la relación entre el hombre y Dios, sino que también el hombre se volvió rebelde contra Dios. Aquel que primero se rebeló mediante la desobediencia llegó a ser rebelde por naturaleza. La relación presente entre el hombre caído y Dios se explica en Romanos 8:7 donde dice: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Como resultado de la caída, los hombres rebeldes se han negado a dar a Dios lo que Él merece como Creador y Gobernador del universo. De aquí entendemos por qué quienes siguen aún en este estado de rebeldía se niegan a reconocer a Dios como la autoridad suprema. En su lugar se han colocado a ellos mismos.

Estos usurpadores han hecho del hombre la autoridad final en todo. Ya sea consciente o inconscientemente, han establecido la mente del hombre como norma en asuntos de verdad y conducta. Como individuos, razonan así: “Sólo aceptaré aquello que mi mente apruebe. No puedo aprobar lo que no entiendo. Por lo tanto, eso que no entiendo: o no es cierto, o no estoy en posición de juzgarlo”.

El no cristiano no siempre se mantiene leal a este principio. A veces sí acepta algunas cosas que no puede entender. Hasta puede llegar a aceptar puntos de vista que son contradictorios. Reconoce la existencia de lo misterioso, pero no está dispuesto a aceptar al Dios incomprendible ni los misterios de la fe cristiana, y mucho menos la explicación que Dios da en cuanto a los misterios del universo donde vive. Las actuaciones del no cristiano no siempre se rigen por la razón. A veces sus juicios se basan en pura intuición y sus decisiones únicamente en sus sentimientos. Tiende a aceptar como verdadero y bueno aquello que promete el alivio inmediato o el placer, sin detenerse a pensar en el bienestar de otros o en los valores eternos (Mt 16:26). En resumen, no todo el que no es cristiano es racionalista; en realidad, muchos son irracionalistas —unos más, otros menos.

¿Es el existencialista un irracionalista? El existencialismo tiene que ver con el significado de la vida, con las condiciones y problemas que enfrentan al hombre en el curso de su existencia. La eternidad se ignora. El tiempo y la historia son considerados dimensiones definitivas de la existencia humana. El énfasis se hace en lo de hoy, lo de ahora, en la tarea actual que cada individuo tiene de mejorarse a sí mismo y de trabajar para el mejoramiento de la sociedad.

Para el existencialista, hay diferentes variedades de la verdad. Científicamente la verdad se encuentra dentro de un sistema de conceptos. La verdad religiosa, sin embargo, no puede ser regida por sistemas porque abarca asuntos que están más allá de la razón. La verdad en el área de la religión es algo que el individuo experimenta activamente en su interior, pero solo en su interior¹. Según este punto de vista, la verdad religiosa no es objetiva sino subjetiva. No puede ser esquematizada ni reducida a un credo. Tampoco puede ser definida por una norma tal como la Biblia. Cuando uno razona en cuanto a la religión, este razonamiento tiene que estar basado en la experiencia propia, pues la verdad se iguala con la experiencia. La verdad de la religión es algo experimentado individualmente, pero ¿cómo puede saber el individuo si su experiencia es válida? Aun si su experiencia concuerda con la de otras personas, ¿cómo, realmente, puede saber si su experiencia es válida? El existencialismo es una forma del irracionalismo. Pues ¿cómo es posible comprobar la validez de una experiencia si no hay ninguna norma objetiva de la verdad para poder compararla?

Parece ser el caso, teniendo en cuenta lo anterior, que no todos los que no son cristianos reconocen al intelecto humano como la pauta decisiva en asuntos de verdad y conducta. No obstante, el hombre, ya que ha sido creado a la imagen de Dios, es por naturaleza un ser racional. El hombre caído no puede suprimir para siempre su don intelectual, y tarde o temprano la voz de la razón tendrá que ser oída. Aunque sea solo en algo, su autoridad tendrá que ser reconocida. Lo que pasa es que, como resultado

de la caída, el no cristiano no da a la mente su posición correcta. Hay quienes buscan subordinar el intelecto a las emociones, pero la mayoría de los hombres han corrido al otro extremo dando a la mente el lugar y la autoridad que le pertenecen únicamente a Dios. Sabemos que no hay hombre que sea absolutamente constante en su devoción a la voz de la razón, pero, a la vez, la mayoría de ellos sí han establecido sus propias mentes como normas en asuntos de verdad y conducta. Todo aquel que no es cristiano da por sentado que es autónomo, y poca importancia tiene que lo demuestre en el racionalismo o en el irracionalismo.

Ahora, aunque el cristiano ha rechazado este principio (el que dice que el hombre constituye su propia norma), su práctica no siempre se muestra consecuente con dicho rechazo. Su naturaleza sí ha sido transformada, pero la transformación no es completa. Ha repudiado su viejo ser pero a veces su comportamiento no es consecuente con este repudio. En cierta forma, sigue pensando y actuando como si el hombre fuera su voz de autoridad. A cada rato, su forma de actuar y pensar tiene que ser corregida y guiada hacia una mejor compaginación con el principio cristiano de que Dios es la Voz de Autoridad. Tanto la conciencia como la mente tienen que ser enseñadas por Cristo mediante Su Palabra, si es verdad que el cristiano busca ser coherente tanto en lo que rechaza como en lo que acepta.

En varias ocasiones, el Señor Jesús tuvo que corregir los pensamientos de Sus discípulos. Una de ellas ocurrió después de Su conversación con el joven rico. En el transcurso de la entrevista, este joven tan ejemplar mantenía que había guardado la segunda tabla de la ley desde su juventud. Al oír esto, el Salvador procedió a descubrir su codicia retándole a que renunciara a sus posesiones materiales en favor de tesoros celestiales. Al tener que escoger entre su vida de riqueza y seguir a Cristo, ¿cuál escogería? Nos dice la Biblia que se fue triste, pues tenía muchas posesiones. Luego de Su partida, el Señor Jesús dijo a Sus discípulos: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! [...] Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja,

que entrar un rico en el reino de Dios” (Mr 10:23, 25). Cuando los discípulos lo oyeron, asombrados, se decían unos a otros, “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” (Mr 10:26). La pregunta revela que la manera de pensar de ellos era esta: “Aquí hay un joven con virtudes increíbles, cuyo único pecado, aparentemente, es uno muy común entre los hombres —el amar las riquezas. Si no es posible para él ser salvo, entonces no cabe duda de que el estado de todos los hombres es uno desesperadamente irremediable”.

Cristo, el Gran Maestro, corrigió a Sus discípulos con estas palabras: “Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (Mr 10:27). En efecto, el Salvador les estaba diciendo: “Ustedes están pensando sin tener en cuenta a Dios. La Voz de Autoridad no es el hombre, sino Dios. Solo Él puede decidir la salvación de alguien. Puesto que Dios tiene todo poder, Él puede salvar a quienes están totalmente incapacitados para hacerlo por ellos mismos”. El Señor Jesús llama a Sus discípulos a un pensamiento cristiano, a rechazar las normas humanas de verdad y conducta, y a usar la regla divina que Dios en Su Palabra nos ha dado para medir estas cosas (Mt 18:1-4, Mr 10:17-27, Jn 6:1-14).

Capítulo 1

Rechazando a Dios



Quienes reconocen al hombre como voz de autoridad y son consecuentes en su aplicación de este principio, rechazan al Dios que se ha revelado a sí mismo en la naturaleza y en las Escrituras. Esto lo hacen por dos razones.

Dios es incomprendible

En primer lugar, este Dios es incomprendible. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que mientras el hombre conoce algunas cosas acerca de Dios, cosas que Dios mismo le ha revelado, Él, en toda Su esencia, está más allá de lo que el hombre puede entender. Esta verdad se afirma vez tras vez en las Sagradas Escrituras. Veamos algunos ejemplos. El salmista decía: “Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza; y Su grandeza es inescrutable” (Sal 145:3). Isaías el profeta decía: “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y Su entendimiento no hay quien lo alcance” (Is 40:28). De la pluma de Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, vinieron estas palabras: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue Su consejero? ¿O quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado? Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro 11:33-36).

Esperamos que hayas disfrutado
de esta muestra del libro
¿Dios o el Hombre? La Voz de Autoridad.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!